PRÓLOGO.
UNA CONVERSACIÓN SOBRE EL ARTE Y SOBRE LA VIDA

Paula Lizarraga Gutiérrez
Profesora de Estética y Teoría de las Artes

El libro que el lector tiene entre sus manos, y que tengo el gusto de prologar, destaca por la seriedad intelectual con la que su autora se ha enfrentado a este trabajo. Y esto puedo afirmarlo con la autoridad de quien ha sido testigo privilegiado de ese proceso. Ya la elección del tema supone un reto intelectual importante: Georges Rouault es un artista difícil, profundo y en ocasiones llega a ser hermético. El interés del libro –que creo minoritario aunque no por eso poco importante, y circunscrito a los interesados en la historia y teoría del arte de los siglos XIX y XX– viene además marcado por la novedad editorial que supone el estudio de la obra de este artista en el ámbito español, en el cual no se conoce hasta el momento un trabajo de estas características. Pero quizá lo más valioso del libro sea el punto de vista desde el que se acomete. La dificultad que entraña construir un discurso teórico sobre una obra plástica surge, en este caso, aumentada por el empeño en hacerlo desde una perspectiva que va más allá del contexto historiográfico, adentrándose en el ámbito de la teoría del arte y de la estética. Desde su inicio, el libro se planteó como

un intento de explicación de la obra de Rouault «desde dentro», acudiendo en primera instancia a sus obras, tanto escritas como plásticas. El peligro de este método es el de prescindir momentáneamente de los diversos contextos histórico-artísticos que rodean a la obra y que contribuyen a su surgimiento, pudiéndose caer en un análisis excesivamente formalista o poco profundo. Si se supera este inconveniente, cosa que la autora ha hecho con enorme acierto, se adquiere una gran ventaja, que es la de presentar una aproximación al arte mucho más directa, con mayor unidad interna, además de ser un texto más personal y por tanto inédito. Esto permite a su autora, en un segundo paso, dialogar con los contextos históricos que enmarcan la obra de Georges Rouault desde una base fundamentada, permitiendo a la vez una revisión de las categorías históricas, sin romper la unidad y la irreductibilidad propias de la obra de arte a base de aplicar esquemas y referencias externas y «a priori» que desvirtúan la obra misma.

Me parece que el equilibrio conseguido en este trabajo, entre un análisis teórico-filosófico –en el que se analizan algunas de las categorías fundamentales de la realidad artística, como son los conceptos de representación, inspiración, proceso creativo, mímesis o plasticidad–, y su contextualización y revisión histórica, es su aspecto más valioso. La autora ha sabido articular todos estos elementos de un modo tal que, a pesar de ser un libro especializado y de corte ciertamente académico, consigue ofrecernos una interpretación de Rouault interesante y nueva, profunda en su análisis y a la vez llena de detalles y anécdotas sugerentes, y con una escritura fluida y más que correcta, aspectos, todos ellos, nada despreciables en un libro de estas características. «Al margen de las doctrinas y más cerca de las obras podemos permitirnos a veces comentarios de un orden más general. Es todo lo que he intentado hacer aquí».

Esta frase de Rouault, pronunciada en sus «Reflexiones y recuerdos», y elegida por la autora como título del libro, bien podría aplicarse como declaración de principios de este volumen. Y si le hubiéramos preguntado a él, a Rouault, seguro que lo habría

aceptado. Y en ese nuestro diálogo, «sobre el océano sin límite, el pobre marinero» nos habría repetido una vez más:

—«A lo largo de los días y de las noches yo «soliloquio». Pintor patizambo, hecho de franqueza y que se enriquece bajo los horizontes objetivos y legendarios de todo lo que ve o percibe».

—Pero este «pintor patizambo» –insistimos, con un tono algo irritado– nos ha mostrado una realidad insospechada, tierna y fuerte a la vez… ¿Es así su mirada?

—«La realidad tiene en ocasiones para un artista algunas espinas que le convendría olvidar, incluso despellejar. Es entonces cuando la visión íntima se precisa para el aventurero difícilmente y viene a superarlo: ¡Forma, color, armonía!, ¿oasis o milagro?» –exclama con voz potente–.

—Entonces, ¿esa visión íntima, que le permite transformar la realidad, es un don, y el arte un placer, un pasatiempo encantador, un decorado provocador…?

—«Perdón señora, para vuestro servidor, la privación de ese pasatiempo sería, creo, una muerte lenta. Para este pobre diablo, el arte es su única razón de ser».

Ahora la conversación adquiere un tono distinto, grave; el de algo que se dice en voz baja, pero que es de suma importancia para el que habla y para el que escucha. Y cuando le menciono las vidrieras medievales, y le pregunto por sus pinturas, entorna los ojos, ¡casi los cierra!, y como recordando arcanas enseñanzas, susurra:

—«Este vidriero dice haber encontrado un bello rojo, –habrá que creerle. A pesar de todo, maestro vidriero, no se trata de encontrar el rojo, sino de saber colocarlo bien en relación a los otros tonos. La cantidad es buena, pero con calidad, ya que poco importa tener diez rojos, si no sabemos servirnos de ellos.

»El gran número de tonalidades, la riqueza del registro no procuran al ojo ninguna alegría duradera, sino que es más bien la elección que sabe hacer el artista, y la manera en la que él compone y armoniza su canto.

»La vidriera, mosaico rico de cristales de color, a la larga se ha convertido en un juego de *trompe-oeil* que imita a un cuadro. A

medida que se ha querido mayor veracidad y realidad, se ha perdido el verdadero sentido de la vidriera. Hemos empezado modelando un poco más el trazo, después hemos llevado a cabo ricos estofados, perspectivas más profundas, cabezas en alto relieve más reales, hasta olvidar su primitiva finalidad que era la de ornar un entramado luminoso abierto sobre el cielo, ornarlo incluso con armonías sordas si queréis, pero conservando su carácter de mosaico luminoso, sobrio y plano, acorde con la arquitectura, y no luchar con el cuadro, a través de planos cada vez más marcados y verdaderos –lo que no es incluso siempre la ley del cuadro».

—Así es su pintura –pienso yo, aunque no se lo digo–, como un entramado luminoso de armonías sordas abierto sobre el cielo. A pesar de que le hallan llamado «Pintor de las tinieblas y de la Muerte» su arte consigue traspasar de luz la realidad. ¿Ha pintado usted las cosas, los hombres, lo que ve, lo que oye, o lo que sabe y lo que quiere?

—«Objetivismo, subjetivismo; desde que nací he deseado con ardiente gazuza aquello que no se ve ni se toca con nuestras manos infirmes, antes que lo que se distingue con certeza. Desde el día en que pinto, he encontrado en este arte bienamado, alegre razón de vivir, un cierto equilibrio de la vista, del oído, también del espíritu y del corazón. Si a veces he traspasado la realidad, lo que he podido ver al final de mi vida, esto me ha marcado al mismo tiempo de un cierto modo, como el ácido marca la plancha de cobre».

—Le han tildado de pintor religioso, y le han clasificado como heredero de Lautrec, y de Degas, nieto de Daumier…, en fin, también le han llamado el León Bloy de la pintura. ¿Qué puede decirme de los géneros y de las influencias, sobre todo pensando en los artistas que empiezan?

—«Siempre honrando a ciertos antiguos, está permitido, espero, no dejarse embrujar por ellos hasta el punto de convertirse en un pilar de museo y de no ver ni sentir nada aparte de lo que nos rodea. Está permitido no remendar o imitar una tal perfec-

ción técnica, está permitido hasta al más pobre diablo, en este arte afortunado, si es que éste es amoroso, decir lo que le plazca, poner su pobre nota, sin buscar ahuecarse como rana queriendo compararse con el buey.

»¡Artista afortunado!, incluso si tu arte es un arte de desgracia, toma el dogal y vente, peregrino, por todos los caminos. No es más que una manera de salvarte, ésta de no tener demasiada indulgencia contigo mismo, mantenerte consciente de tu indigencia… ¡intenta hacerlo lo mejor que sepas!; ofrecerte en silencio, ¡oh! hombre de buena voluntad, licenciado para amar.

»El arte, menor o mayor, es para mí libertad. ¡Libérate, artista, como una mujer en el parto! Como la madre osa, lámelo sin cesar y vuélvelo a lamer. Él no es y no será mientras tanto más que lo que es, en este arte de desdicha. El arte es liberación, alegría íntima, incluso en el sufrimiento; la vida, la lucha hasta la muerte… Hay que contentarse con uno mismo…, cavar un surco propio en lugar de buscar siempre las respuestas en el pasado o en el presente, y atiborrarse de ciencia».

—Entonces ¿es usted un individualista, un autodidacta?, y van a tener razón aquellos que criticaban sus jueces, payasos y prostitutas, por ser una burla de la humanidad; aquellos que le acusaban de despreciar la tradición, las enseñanzas y la Academia y le tildaban de pintor maldito…

—«¡No! ¡No! Nunca me harán decir pictóricamente lo que yo no he querido. Nunca han comprendido el fondo de mi pensamiento hacia esta humanidad de la que parezco burlarme. Nunca han entendido como yo, con tal intensidad, en paz o en guerra, el ronquido de la bestia degollada, la boca que se entreabre sin que ningún sonido soñado salga, como en un sueño desgarrador, ligado a esta tierra como el viejo Pan, pesado y violento, veo a millones de seres humanos desaparecer en estas terribles guerras y heme aquí mudo, sin voz, clavado en el sitio, hipnotizado como el pájaro por la serpiente. El arte es liberación, incluso en el sufrimiento, pero a los ojos de aquellos, parias, que no tienen sentido íntimo de la libertad de espíritu, el arte es delito.

»En el taller de Moreau cantábamos desde la mañana, pintando más mal que bien. Sabíamos gracias a él que el Arte no es una cosa tan fácil. A veces, había que volver sobre los pasos, tomarse el pulso y no mostrarse excesivamente seguro de lo que debíamos seguir exactamente, de una generación u otra, de entre las que nos habían precedido. La tradición está igualmente en el aire que respiramos. ¿Cómo osaría yo, le decía al viejo patrón, delante de obras tan perfectas, de una técnica tan lograda, pensar en mi pobre esfuerzo particular? –Usted vivirá respondía él. Deje por tanto a esos antiguos morir. Es necesario vivir y sufrir por cuenta propia».

—¡Gracias Maestro por sus palabras, pero sobre todo por sus cuadros!

Se retira silencioso… Y yo pienso que quizá este «librejo imperfecto, pero vivo», que el lector tiene entre sus manos, haga realidad su sueño, ese sueño de un «libro sobre arte, que sea como un viejo cuento de hadas, en el que las cosas más abstractas serán en el oído de los más profanos una música delicada; incluso si ellos no comprenden el sentido exacto y profundo, se sentirán llevados por esas aguas claras de la visión hacia un país desconocido». Espero que así sea.

Pamplona, marzo de 2004